

“Que Dios te conceda abundancia de trigo y de vino.” El verdadero Jacob, que es Jesucristo, recibió ciertamente esa abundancia de trigo y de vino, y la ha derramado sobre nuestros altares.

Cuando Moisés anunciaba al pueblo de Israel que llegaría á establecerse en la tierra prometida, le decía: “Dios os hará entrar ahí para alimentaros con el corazon del trigo, y para que bebais la sangre purísima de la uva.”<sup>1</sup> Y en verdad que el pueblo cristiano diariamente vá á la Iglesia á nutrirse con el meollo del trigo, y á embriagarse con la sangre purísima de la verdadera vid.

Cuando Senaquerib intentó persuadir á los hijos de Judá para que abandonasen á Ezequías y el culto del Dios verdadero, les hablaba de esta manera: “Os conduciré á una tierra semejante á la vuestra; tierra de grano y de vino, tierra de pan y de viñas.”<sup>2</sup>

Engañosa promesa ¡oh Dios mio! Porque, ¿dónde puede encontrarse el pan que fortifica y el vino que regocija, sino en la tierra de vuestra Iglesia y al pié de vuestro Tabernáculo?

Finalmente, cuando el Profeta Zacarías se dirigía á sí mismo esta pregunta: “¿qué hay de bueno en el Señor y que hay de bello en Él?” reunía en su respuesta los dos símbolos: “El trigo de los escogidos, y el vino que engendra vírgenes!”<sup>3</sup> Porque realmente, la Eucaristía es el trigo de los escogidos, y es al mismo tiempo el vino que engendra vírgenes.

¡Sangre preciosa de mi Salvador, corred por mis venas para purificar mi corazon! ¡Ah! entónces la Eucaristía me comunicará vida verdadera, y por su medio comenzaré á gustar con anticipacion los eternos gozos de la felicidad que embriaga á los escogidos en el cielo.

<sup>1</sup> Deut. XXXII, 14.

<sup>2</sup> Isai. XXXVI, 17.

<sup>3</sup> Zach. IX, 17.

## EL OLIVO.

La paloma del arca y Jesucristo.—El olivo, gloria de Israel.—El olivo fino y el silvestre.—La unción de Jesucristo.—El Espíritu Santo.—La Iglesia.—Los sacramentos.—Las vírgenes prudentes y las necias.—La dulzura.—El aceite del Samaritano.—El Nombre de Jesus.—La lámpara del Tabernáculo.—El trigo, el vino y el aceite.

### I.

DESPUES del diluvio, cuando volvió la paloma á la Arca de Noé, trayendo en el pico un ramo de olivo, luego que lo vió el Patriarca, conoció que se había aplacado la cólera del Señor.<sup>1</sup>

San Ambrosio cree que el olivo es el emblema de la misericordia, porque el aceite que producen sus frutos es un remedio para nuestras heridas.<sup>2</sup>

Siguiendo la opinion de San Agustin, vemos que figura tambien la paz, porque el aceite es el símbolo de la unción de la caridad, y bien sabemos que no puede haber paz sin amor.<sup>3</sup> De lo dicho se infiere que la paloma llevó á Noé en aquel ramo de olivo el símbolo de la misericordia y de la paz.—De la misma manera vemos que, cuando vino el día en que el Divino Salvador de los hombres iba con sus padecimientos y con su muerte á pagar la gran deuda que aquellos habian contraído con la divina justicia, el pueblo caminaba delante de Él, arrojando por donde debia pasar ramos de olivo, y proclamándole, á la vez, como Rey de la paz y Dios de la misericordia.

Cuando quiso comenzar la obra sangrienta de su Pasión, se fué á orar primero al monte de los Olivos; y al fin, cuando reunió por última vez á sus discípulos para bendecirlos, escogió tambien ese mismo monte, y dirigiéndoles estas palabras, “que la paz sea con vosotros,” subió á los cielos.

Luego, como la paloma de la arca, Jusucristo trajo al mundo la misericordia y la paz.

<sup>1</sup> Genes. VIII, 11.

<sup>2</sup> S. Ambr. Serm. fer. 6 in Parasceve.

<sup>3</sup> In Ps. CXXXVII, 13.

## II.

El Señor predijo al pueblo de Israel los importantes destinos que le esperaban, cuando por boca del Profeta Oseas le anunciaba que su gloria sería semejante al olivo. "*Erit quasi oliva gloria ejus.*"<sup>1</sup>

Bajo el punto de vista litúrgico, tanto la abundancia de sus frutos como la importancia y dignidad del olivo, han motivado esta comparación.

Cuando el Pontífice consagra el Oleo Santo que debe servir para la administración de los Sacramentos de la Iglesia, recuerda que, entre los árboles creados por Dios desde el principio del mundo, ocupa un lugar muy distinguido el olivo, porque de sus frutos debía venir el óleo, con el cual se ungiría á los Sacerdotes, á los Reyes, á los Profetas y á los Mártires.<sup>2</sup> Y qué, ¿la gloria de Israel no consiste en haber dado á luz á Aquel que ha sido y es el Sacerdote, el Rey, el Profeta y el Mártir por excelencia, es decir, el mismo Jesucristo? Sí: la gloria de Israel será, pues, semejante al olivo.

## III.

Jesucristo, que desde un principio recibió la unción santa, hablando de Él mismo, nos dice por boca de David: "Yo soy como el olivo cargado de frutos en la casa de mi Dios. *Ego autem sicut oliva fructifera in domo Dei mei.*"<sup>3</sup>

El Apóstol San Pablo nos representa igualmente al divino Salvador bajo el símbolo de un olivo fino y excelente.

Las demás naciones de la tierra fueron figuradas en el olivo silvestre y ordinario, pero ingeridas en el olivo divino, que es Jesucristo. "Y así—continúa el grande Apóstol—fué como participaron del excelente jugo de su raíz y del sabor delicado de sus frutos, es decir, de la abundancia de la divina gracia."<sup>4</sup>

Nosotros estamos estrechamente unidos con Jesucristo por la unción que ha derramado en nosotros: por eso el Rey Profeta nos compara con razón á los retoños del olivo. "*Filli tui, sicut novelle olivarum.*"<sup>5</sup>

## IV.

Esta unción conviene de tal manera al Divino Salvador, que "el Nombre de Cristo no le fué dado—dice San Agustín—sino por causa de la unción del Crisma: *Christus, à chrismate.*"<sup>6</sup>

<sup>1</sup> Osseas. XIV, 7.

<sup>2</sup> Pontificale Rom. in Cæna Domini.

<sup>3</sup> Ps. LI, 10.

<sup>4</sup> Rom. c. XI.

<sup>5</sup> Ps. CXXXVII, 3.

<sup>6</sup> In Ps. XLIV, 19.

Mas el Santo Doctor pregunta luego: "¿con qué óleo fué consagrado el "Salvador?" y respondió en el acto: "Evidentemente fué con un óleo todo espiritual y divino: porque el óleo visible es el signo ó símbolo del "óleo invisible que está en el Sacramento, el cual es todo espiritual y todo interior."

Este óleo espiritual fué visiblemente figurado con mucha anterioridad por la unción que el Patriarca Jacob hizo en la piedra donde estuvo dormido cuando tuvo la misteriosa visión de la escala que llegaba hasta el cielo. La unción de esa piedra era el símbolo exterior; pero David no tenía á la vista mas que el óleo espiritual en aquel verso de uno de sus salmos que aplica á Jesucristo: "Vuestro Dios os ha ungido con el óleo de la alegría sobre vuestros compañeros. *Unxit te Deus, Deus tuus oleo lætitiæ, præ consortibus tuis.*"<sup>1</sup> Esto es, de una manera mucho más excelente y superior que á los demás."

## V.

El Espíritu Santo fué el que comunicó esta unción á Jesucristo; y Él mismo nos la aclara en términos muy precisos, cuando refiriendo á su persona aquellas palabras proféticas de Isaías, nos dice: "El Espíritu Santo está sobre mí, porque me ha ungido. *Spiritus Sanctus super me, propter quod unxit me.*"<sup>2</sup>

Hé aquí la razón en que descansaba San Agustín para enseñar "que el "óleo simboliza algunas veces al Espíritu Santo. *Per oleum significatur "Spiritus Sanctus."*

Él es aquel óleo suavísimo que con sus santas alegrías calma todos nuestros dolores. Él es aquel aceite que mantiene en nuestros corazones las llamas de la divina caridad; y Él es, finalmente, aquella unción de la divina gracia que tan profusamente se derrama en nuestras almas.

## VI.

La Iglesia, lo mismo que su divina cabeza, que es Jesucristo, ha recibido esa unción santa. "Solo ella—asegura San Ambrosio—es la que posee "aquel óleo santo de que la Sinagoga estuvo privada, y solo ella lo derrama sobre las frentes de los niños; sobre los mártires para purificarlos del "polvo del siglo, y sobre los confesores para que no sucumban bajo el peso "enorme que se han impuesto, ni lleguen á ser vencidos por las pasiones "del mundo."<sup>3</sup> Y como un signo de la unción interior y espiritual de que es depositaria, la Iglesia emplea el aceite visible en la administración de los Sacramentos. Las unciones santas del bautismo, las de la confirmación, Orden y Extremaunción, todas se hacen con aceite consagrado.

<sup>1</sup> Ps. XLIV, 19.

<sup>2</sup> S. Aug. in ps. XLIV, 19.

<sup>3</sup> Epist. lib. II, Marelli Sosori.

Esta uncion que viene de Jesucristo y descende hasta las almas fieles despues de haber consagrado á los pontífices y á los sacerdotes, ¿no nos traerá á la memoria aquel óleo perfumado de que nos habla el Profeta David, "que derramado en la cabeza de Aaron descendía por su rostro "hasta llegar á la orla de sus vestiduras, semejante al rocío que cae sobre "los montes Hermon y Sion para fertilizarlos?"<sup>1</sup>

## VII

El óleo santo de la gracia que descende hasta nosotros, es el que dá un verdadero lustre á nuestras obras y las hace brillar, siguiendo la misma palabra de Jesucristo: "*porque glorifican al Padre celestial...*"<sup>2</sup>

"Mas el brillo que dá este aceite—agrega San Gregorio—es aquel mismo de la gloria interior del alma, que solo luce ante los ojos de Dios, "ocultándose en lo exterior, segun lo que está escrito: "Que la gloria de "la Hija de Sion está toda dentro de sí misma."<sup>3</sup>

Para comprender mejor la importancia de este aceite, se nos presenta en el Evangelio la parábola de las vírgenes necias y de las prudentes.

La lámpara de las primeras estaba desprovista de aceite; y ya porque no tuvieron cuidado de atizar la lámpara de la fé con el óleo de la caridad y de las buenas obras; ya tambien, porque en lugar de contentarse con el brillo de la gloria interior que solo Dios ve, procuraron atraer sobre sí las alabanzas vanas de los hombres; entónces se escuchó aquel grito: "*Ecce "sponsus venit, ecseite obiam ei."* Mirad que viene el Esposo, salid á recibirle.<sup>4</sup> Estas vírgenes necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan: y las prudentes respondieron: "el que tenemos apénas es suficiente para nosotras."<sup>5</sup>

La respuesta no pudo ser ni más natural, ni más verdadera, puesto que nuestras propias obras y el testimonio que de ellas nos viene de Dios, no son provechosas más que á nosotros mismos. "Id más bien—agregaron "las prudentes—id á los que venden el aceite y compradlo. *Ite potius ad "vendentes et emite vobis."*

Estas últimas palabras, siguiendo el pensamiento de muchos expositores, nos figuran á los pobres que socorremos con nuestras limosnas: porque, efectivamente, las obras de misericordia con que rescatamos nuestras faltas, son el aceite con que se mantiene la luz de nuestra lámpara.<sup>6</sup>

Este consejo de las vírgenes sábias, se interpreta algunas veces en diverso sentido, tanto por San Gregorio como por San Agustin.

Siguiendo su pensamiento, no sin una especie de ironía, aquellas les dicen á las vírgenes necias:

<sup>1</sup> Ps. CXXXII, 2.

<sup>2</sup> Mat. V, 16.

<sup>3</sup> Ps. XLIX, 14.

<sup>4</sup> S. Greg. Mag. XL, hom. in Evang. lib. I, hom. XII, 1.

<sup>5</sup> Mat. XXV, 8.

<sup>6</sup> Hieron Chrisost. Orig. Vid. Cat. aur. in cap. XXV, Mat.

"Id á los que venden el aceite. Vosotras habeis visto con indiferencia "aquel óleo, que es el testimonio de la conciencia recta y pura, y habeis "despreciado aquella gloria de las buenas obras que no se dirigen mas que "á Dios. Id á aquellos, cuyas alabanzas tanto apeteceis; id á aquellos que "tanto os adulan y engañan; unos y otros siempre tendrán á vuestra "posicion el óleo de la mentira, de la adulacion y de la gloria humana, de "quien el Profeta Rey tiene dicho: El aceite del pecado nunca unirá mi "cabeza. *Oleum autem peccatoris non impinguet caput meum.*"<sup>1</sup>

¡Oh Jesus mio! ¡solo á Tí quiero agradarte, y no deseo tener preparada mi lámpara mas que para Tí; pero nunca podré prepararla ni encenderla sin tu auxilio! Jamás permitas que llegue á faltarme ese óleo santo de la caridad, para que cuando venga el día en que me llames, ¡oh divino Esposo! esté dispuesta como las vírgenes prudentes y entre en seguimiento suyo al festin de las bodas con mi corazon abrasado en las ardientes llamas del amor divino!

## VIII.

El aceite que simboliza todas las efusiones del Espíritu Santo, es tambien el emblema de la dulzura con que este divino Espíritu se derrama en nuestros corazones. ¡Oh! ¡cuán bueno y suave es tu Espíritu ¡oh Señor! en todas las cosas! ¡*O quam bonus et suavis est Domine, spiritus tuus in omnibus!*"<sup>2</sup>—exclama el Autor del sagrado libro de la Sabiduría.

Tambien el Señor decía á su pueblo por boca del Profeta Isaías. "La "carga de Assur se quitará de tu hombro y su yugo de tu cuello; y ese "yugo se convertirá en polvo, con la abundancia del aceite."<sup>3</sup>

Y ¿qué significa la abundancia de este aceite, sino las dulzuras divinas de la gracia que el Señor derrama en su pueblo? En efecto, Jesucristo mismo ha venido al mundo para cumplir esa profecía. El aceite del Salvador ha corrido por los confines del orbe desde que dijo á los hombres: "*Mi "yugo es suave, y mi carga ligera."*"<sup>4</sup>

Igualmente nos explica la dulzura de la palabra evangélica el aceite que el buen Samaritano derramó con tanto amor sobre las llagas de aquel infeliz herido por los ladrones. Sí, sobre ellas hizo correr el vino y el aceite: el vino—dice San Ambrosio—que significa la severidad del Precepto; cuya severidad fué mitigada al instante por medio del aceite, esto es, por la uncion Evangélica.<sup>5</sup>

¡Oh Jesus mio! ¡oh mi buen Samaritano! Tú que ves la profundidad de mis heridas ven y cúralas! Tú sabes muy bien las cantidades de vino y aceite de que yo tanto necesito; pero si me fuera dable medir por mí mismo lo

<sup>1</sup> Ps. CXL, 5.

<sup>2</sup> Sap. XII, 1.

<sup>3</sup> Isai. X, 27.

<sup>4</sup> Mat. XI, 30.

<sup>5</sup> Com. lib. VII, in Evang. Luc. cap. X.

uno y lo otro, yo te diría: ¡mucho aceite, Señor, mucho aceite!... Si, quiero mucho de este aceite que Tú sabes derramar sobre las almas, porque solo con él se calmarán y dulcificarán todos mis males.

## IX.

Nunca podemos nombrar á Jesucristo sin acordarnos de aquel óleo santo que recibió en toda su plenitud y que Él mismo derrama haciendo que se difunda en nuestros corazones. Necesario es, por lo mismo, no sorprenderse de que solo el Nombre del Divino Salvador, sea para la Esposa de los Cantares como el aceite derramado. "*Oleum effusum nomen tuum.*"<sup>1</sup>

Comentando San Bernardo estas palabras, nos hace observar desde luego que el aceite tiene tres propiedades: nos alumbrá, nos alimenta y nos cura. "Tal es, y tan grande el Nombre de este Esposo divino—sigue diciendo el Santo—que si se le predica, ilumina nuestro entendimiento; si se medita en él, alimenta nuestro espíritu, y si se invoca, dulcifica nuestros dolores y cura nuestras llagas."

Si se predica, él ilumina. Porque en verdad, ¿no es por el resplandor de este santo Nombre por lo que el Señor nos ha llamado á todos á su admirable luz, y en la cual hemos de tener la dicha algun día de contemplarle eternamente?

Si se medita este bendito Nombre, alimenta: porque realmente, ¿no es cierto que con solo el pensamiento de este Nombre crece y se vigoriza nuestra fuerza? ¿Qué alimento hay más nutritivo para el alma? Cualquiera otro le será insípido si no vá sazonado con este aceite. Me parecen insulsos los escritos si no leo en ellos el Nombre de Jesús: toda conversacion, todo entretenimiento, lo creo desabrido si no resuena en mis oídos el Nombre de Jesús.

Finalmente, este Nombre divino invocado, "¡es un dulce remedio.....!" "Si alguno de vosotros está triste, que venga el Nombre de Jesús á su corazón y de su corazón pasará á sus labios, y ante el esplendor de este Nombre se disiparán las nubes y volverá á aparecer la calma..... Invocad este Nombre que todo lo vivifica..... y aun cuando estuviéreis para morir, sentireis en el acto que volveis á la vida."<sup>2</sup>

## X.

Hablando el Señor con Moisés para arreglar el culto que le rendía el pueblo de Israel, señaló expresamente el aceite que habia de servir para mantener la luz en el templo: "*Hæc sunt quæ accipere debetis. . . . Oleum ad luminaria concinnanda.*"<sup>3</sup> La Iglesia conserva hasta el día este precepto de la ley mosaica, y por eso vemos delante de cada uno de nuestros

<sup>1</sup> Cant. I, 2.

<sup>2</sup> In Cant. serm. XV.

<sup>3</sup> Exod. XXV, 6.

Tabernáculos que de día y de noche arde una lámpara, cuya llama se mantiene con el aceite.

¡Y quién de nosotros en presencia de la Eucaristía no ha fijado una mirada sobre ese aceite, y no ha procurado meditar las importantes lecciones que nos dá! Él se consume lenta y dulcemente, y quemándose, está nutriendo la llama.

¡Oh Dios! La vida humana se liquida y se consume como la cera y el aceite; y lo más frecuente es, que se funde al impulso de las llamas impuras que la devoran. Yo te suplico, Señor, que mi vida se asemeje más bien al aceite de las lámparas de vuestros Tabernáculos; que como él se consuma en tu Santuario, y que esta vida termine abrasada con el fuego de tu divino amor!

## XI.

La Escritura Santa nombra con frecuencia reunidos estos tres simbolos que acabamos de estudiar.

"Los impíos se regocijan—dice el Profeta Rey—mirando que se multiplican para ellos los frutos de trigo, de vino y aceite."<sup>1</sup>

El Salvador, por boca del Profeta Osseas, manda á su pueblo esta consoladora promesa: "Os daré con abundancia trigo, vino y aceite."<sup>2</sup>

Interpretando estos textos, dice San Agustín: "que los hijos del siglo, apegados á las cosas de la tierra, no desean, siguiendo la expresion del Salmista, mas que ver cómo se multiplican en sus campos el trigo, el vino y el aceite." "Pero tambien hay que advertir—continúa el Santo Doctor—que existe un trigo de Dios que es aquel pan vivo que descendió del cielo; que hay un vino tambien de Dios que embriaga á los escogidos con un torrente de delicias que mana de la celestial Jerusalem; y por último, que hay tambien un aceite de Dios, del cual está escrito: "Un-gisteis mi cabeza con el óleo. *Impinguasti in oleo caput meum.*"<sup>3</sup>

En vista de esto ¿qué más puedo desear sobre la tierra? ¡Nada, Dios mio! ya no apetezco mas que los bienes espirituales simbolizados en esos tres frutos que acabais de mostrarme. Dadme, pues, con abundancia de ese trigo, de ese vino y de ese aceite.

<sup>1</sup> Ps. IV, 8.

<sup>2</sup> Osea, II, 8.

<sup>3</sup> Ps. XXII, 5.—S. Aug. in Ps. V, 9.

## EL CEDRO.

El orgullo.—Pasé..... el cedro ya no existía.—La gloria del justo.—La parábola de Ezequiel.  
Jesucristo.—El Tabernáculo.

EL inspirado Autor del libro de los Reyes nos enseña que Salomón escribió un tratado sobre todas las plantas de la creación, desde el cedro que está en el Monte Líbano, hasta el hisopo que nace en las hendiduras de las paredes.<sup>1</sup>

El cedro se designa aquí como el más elevado de todos los árboles: “y por esto sin duda—observa San Gregorio—en nuestros libros santos, bajo el símbolo del cedro, se nos representa el orgulloso poder de los pecadores.”<sup>2</sup> Mas el Señor se burla de este poder; humilla a los soberbios y los desbarata con uno solo de sus pensamientos. Esto es lo que nos dá á entender el Rey David cuando dice: “La voz del Señor rompe los cedros. *Vos Domini confringentis cedros.*”<sup>3</sup>

Cuando el hombre de bien, humilde y modesto, ve prosperar al orgulloso sobre la tierra rodeado siempre de riquezas y de honores, se confunde y como que se siente tentado á querer gozar de tanta prosperidad. Pero aun cuando la cima del cedro parece que vá á tocar las nubes, y que su sombra se extiende á lo lejos, ¡cuán efímera es toda su gloria! “Yo he visto—sigue diciendo el Santo Rey—al impío en elevada fortuna, le ví exaltado como los cedros del Líbano. Pasé, y ya no existía; le busqué, y no encontré señal suya.”<sup>4</sup>

San Agustín nos explica de este modo esas palabras de David: “Mientras vuestros pensamientos carnales solo os dejan pensar en la felicidad terrena, creéis que solo ella es la verdadera. ¿Y por qué lo creéis así, sino

<sup>1</sup> Reg. IV, 33.

<sup>2</sup> Mor. lib. XXXII, 15.

<sup>3</sup> Ps. XXVIII, 5.

<sup>4</sup> Ps. XXXVI, 35 et 36.

“porque os parais delante del cedro para contemplarle? Y no pasais de largo sino que os deteneis; proseguid vuestro camino, y á medida que vayais caminando, el cedro se alejará y pronto dejareis de verle. Solo Dios permanecerá delante de vosotros; y entónces, cuando con fé viva corrais tras de los bienes espirituales, exclamad: “He pasado, Señor, y el cedro ya no existía; le busqué, y no encontré señal suya.”<sup>1</sup>

## II.

Aunque acabamos de ver que este hermoso árbol es un emblema del orgullo, también nos figura, como cree San Gregorio, la grandeza y la gloria celestial.<sup>2</sup>

En el sagrado libro del Eclesiástico, leemos que: “la Sabiduría divina se levanta sobre la sabiduría humana como el cedro que corona la cima del Monte Líbano,”<sup>3</sup> y en los salmos de David: “que el justo crece y se multiplica como el cedro.”<sup>4</sup>

Los Padres de la Iglesia distinguen tres excelentes cualidades en el cedro: primera, su altura majestuosa que domina las montañas; segunda, el olor agradable que despide, y tercera, la particularidad que tiene de estar ménos expuesto á la corrupción.

Estas cualidades del cedro se encuentran en la alma del justo, quien por medio de la esperanza, se eleva incesantemente á la contemplación de los bienes del cielo, asemejándose entónces al cedro que se levanta majestuoso sobre la montaña. También el justo exhala olores como el cedro, cuando por sus virtudes y sus buenas obras, derrama por todas partes el buen olor de Jesucristo. Y como el cedro, también se escapa de la corrupción, porque unido firmemente con Dios por medio de un amor sólido y fuerte, no se deja corromper por ningun afecto terreno.

## III.

Hablando el Profeta Ezequiel en nombre del Señor, proponía á los judíos esta parábola:

“Una águila de luengas alas, que voló al Monte Líbano, cogió entre sus garras el meollo del cedro, arrancó algunos renuevos de este árbol y los trasplantó en el país de Canaan. El grano desprendido de las ramas quedó sembrado en la tierra y vino á ser una viña fecunda; pero esta viña se rebeló contra el águila, y Dios castigó á aquella por su ingratitud.”

“En cuanto á mí—sigue diciendo el Señor—tomaré el meollo del cedro más alto.... desgajaré de sus ramas más frondosas el mejor renuevo, y lo plantaré sobre un monte alto y descollado: le plantaré sobre la mon-

<sup>1</sup> In Ps. XXXVI, serm. III, 14.

<sup>2</sup> Moral. lib. XXXII, c. XV.

<sup>3</sup> Eccli. XXIV, 17.

<sup>4</sup> Ps. XCI, 13.

“taña de Israel. Este árbol arrojará un vástago, dará fruto y llegará á ser un grande y hermoso cedro, y habitarán debajo de él todas las aves, y los pájaros de toda especie anidarán á la sombra de sus ramas.”<sup>1</sup>

Esta parábola la interpretó San Gerónimo, haciéndonos observar desde luego que el templo de Jerusalem, á causa de su magnificencia, se compara frecuentemente en la Escritura Santa al Monte Líbano: que los cedros de este monte son los príncipes de Jerusalem: el águila que vuela hácia el Líbano y arranca el meollo del cedro, es el rey Nabucodonosor, que entrando en Jerusalem, se apodera del rey Jechonías y le hace cautivo con todo su pueblo.

Sin embargo, el vencedor no quiso destruir enteramente la auroridad real de Judá. A Jechonías le sustituye el rey Sedecías, á quien Nabucodonosor hizo sentar sobre un simulacro de trono. Impaciente del yugo, Sedecías se dirigió á Faraon que reinaba entónces en Egipto; pero sus esfuerzos fueron impotentes. Ved en este rey cautivo la figura de la viña trasplantada á quien Dios castigó por su ingratitude.

“Entónces el Señor tomó á su vez el meollo del gran cedro.” Lo que quiere decir: que Dios escogió en la raza de David á Aquel que Él estableceria eternamente sobre la montaña de Sion, cuando saliera el cetro de Judá y viniera al mundo el Deseado de las naciones. Humilde y oculto al principio como el tierno retoño del cedro, creceria en seguida y llevaria sus frutos hasta los confines del mundo, extendiendo sus ramas y su sombra para que viniesen á habitar bajo de ella y á abrigarse las aves del cielo.<sup>2</sup>

Esta misma verdad profética nos la oculta el mismo Salvador bajo los velos de la parábola, cuando compara el reino de los cielos al grano de mostaza, que despues llega á ser un grande árbol, donde las aves del cielo vienen á fabricar su nido.<sup>3</sup>

Por último, el cedro por excelencia, es el mismo Jesucristo, á quien nos designa la sagrada Esposa de los Cantares, cuando dice: “Su belleza es como la del Líbano, y se distingue entre todos los hombres como el cedro entre todos los árboles. *Species ejus ut Libani, electus ut cedri.*”<sup>4</sup>

#### IV.

Dios mandó á Moisés que fabricara la Arca de la Alianza, de maderas incorruptibles. Salomon prefirió las maderas del cedro para la construcción del templo. Y cuando la Esposa de los Cantares convidaba al Esposo para que viniese á habitar con ella bajo su techo, le hacia notar que su casa estaba sostenida con grandes vigas de cedro. “*Tigna domorum nostrarum cedrina.*”<sup>5</sup>

<sup>1</sup> Ezech. XVII.

<sup>2</sup> Com. in Ezech. lib. V, cap. XVIII.

<sup>3</sup> Mat. VIII, 20.

<sup>4</sup> Cant. V, 11.

<sup>5</sup> Cant. I, 16.

San Bernardo nos explica este último texto recordándonos que somos los templos vivos de Dios, y diciéndonos en seguida: “Que si queremos que el edificio espiritual de nuestras virtudes no se mueva ni se arruine, á medida que lo fuéremos elevando, tengamos cuidado de sostenerlo con maderas incorruptibles, es decir, con el temor santo de Dios que permanecerá eternamente; con la paciencia, de cuya virtud está escrito, “que la paciencia del pobre jamás perecerá;”<sup>1</sup> con la perseverancia que sobre lleva más fácilmente el peso de las más sólidas construcciones, permitiendo que se levanten sin temor hasta el cielo, siguiendo la palabra del Salvador: “Solo aquel que persevere hasta el fin se salvará.”<sup>2</sup> Pero sobre todo, no olvideis que el apoyo más sólido entre todos, es el del divino amor, de aquel amor que nunca desfallece,<sup>3</sup> y que es tan fuerte como la muerte. *Fortis est ut mors dilectio.*”<sup>4</sup>

No olvidemos que somos el templo vivo de Dios, y que llegamos á ser su tabernáculo, cada vez que tenemos la felicidad de acercarnos á comulgar en el altar santo: pidamos por lo mismo al Señor que para recibirle, haga que nuestro corazón se asemeje al cedro; que se arraigue sólidamente en su misma Persona; y se eleve hácia Él, impulsado por la esperanza, y aromatizado con el suave olor de las virtudes; suplicándole nos haga incorruptibles con su adorable presencia.

<sup>1</sup> Ps. IX, 19.

<sup>2</sup> Mat. XXIV, 13.

<sup>3</sup> Cant. VIII, 6.

<sup>4</sup> In Cant. serm. XLIV.